

*José Luis Pontijas Calderón**

El enfrentamiento Europa-Rusia:
historia de narrativas enfrentadas

El enfrentamiento Europa-Rusia: historia de narrativas enfrentadas

Resumen

Los rápidos acontecimientos que se sucedieron entre 1989-1990 incidieron negativamente en las narrativas que los dos bloques de la Guerra Fría utilizaron desde entonces para analizar el periodo posterior a la finalización de la misma y establecieron las bases para la progresiva confrontación que en la actualidad Rusia sostiene con Europa y Occidente. Ahondar en dicho periodo con una perspectiva neutral nos puede ayudar a entender el constructo que apoya la agresiva asertividad rusa de la actualidad.

Palabras clave

Rusia, Europa, Estados Unidos (EE. UU.), Comunidad Europea (CE), Comunidad de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), arquitectura de seguridad europea, Guerra Fría, Mikhail Gorbachev, Ronald Reagan, George Bush, Helmut Kohl, OTAN, Pacto de Varsovia.

Europe and Russia confrontation: a history of colliding narratives

Abstract

The rapid events that took place between 1989-90 had a negative impact on the narratives that the two Cold War blocks used since then to analyze the period after the

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

end of it and established the bases for the progressive confrontation that Russia currently holds with Europe and the West. Going into this period with a neutral perspective can help us understand the construct that supports the aggressive Russian assertion of today.

Keywords

Russia, Europe, United States, European Community, Community for Security and Cooperation in Europe, European Security Architecture, Cold War, Mikhail Gorbachev, George Bush, Ronald Reagan, Helmut Kohl, NATO, Warsaw Pact.

Introducción

El intenso periodo de los años 1989 y 1990 se caracterizó por la rapidez con la que se sucedieron los acontecimientos (ver anexo al final) y el alto grado de incertidumbre sobre el futuro de la arquitectura europea de seguridad, que abarcaba instituciones como la OTAN, la Comunidad de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) y la entonces Comunidad Europea (CE), posteriormente Unión Europea. Todos los actores se encontraron maniobrando en un terreno hasta entonces ignoto por incierto y nuevo, que alguien definió como «la niebla de las pos-Guerra Fría».

Podríamos decir que las decisiones que se tomaron durante esos dos intensos años establecieron las bases para producir el crescendo de confrontación geopolítica que nos llevó, desde la eufórica firma de la Carta de París en 1990, hasta desembocar en la guerra de Crimea en 2014. ¿Cómo es posible que una Unión Soviética (luego Federación Rusa) haya evolucionado desde una posición en la que deseaba tanto integrarse en el sistema europeo de seguridad que llegó a barajar la posibilidad de integrarse en la OTAN, hasta la actual situación de creciente enfrentamiento y animosidad hacia Occidente?

El presente análisis tratará de aclarar las razones primigenias que fueron impulsando la citada evolución, propulsada en buena parte por las narrativas históricas enfrentadas que envenenan la actual atmósfera política y afectan de manera muy negativa las relaciones Rusia-Occidente.

La raíz de la dinámica negativa

La división actual entre Rusia y Occidente supone un desafío muy importante para la arquitectura de seguridad europea, que hoy en día se asienta sobre tres grandes pilares: la OTAN, la Unión Europea (UE) y la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), sucesora de la CSCE. El retorno de una seguridad dividida en el Viejo Continente tiene sus raíces en el final de la Guerra Fría (GF), que supuso un acuerdo inacabado e insatisfactorio para la Unión Soviética, tras 1990. La entonces visión optimista de una nueva arquitectura de seguridad europea basada en una seguridad cooperativa e inclusiva, y un partenariado entre los que fueron los enemigos de ambos bloques, no superó las crisis de los 90, con el colapso de la Unión Soviética, los conflictos étnicos en los Balcanes y en algunos de los nuevos países procedentes de la esfera pos-soviética, o de sus antiguos aliados en Oriente Medio.

Según el relato occidental, fue un final muy positivo, en el que la democracia se alzó vencedora sobre el comunismo soviético, presagiando una nueva era en la que la extensión de la democracia alcanzaría todos los rincones del globo. Por el contrario, para el bloque opuesto, supuso poco menos que una hecatombe de graves consecuencias sociales, económicas e incluso históricas. Así pues, se produce una pluralidad de interpretaciones y narrativas contrapuestas sobre lo que pasó en los años inmediatamente posteriores a la caída del muro de Berlín, que explica en parte los orígenes y los elementos esenciales del actual cisma entre Rusia y el resto de Occidente. Esas narrativas diametralmente opuestas, basadas no sólo en interpretaciones diferentes, sino además en lecturas selectivas de los hechos históricos, impiden una visión común.

No cabe duda de que las narrativas que se utilizan intencionalmente en las relaciones internacionales, a menudo no están necesariamente apoyadas sobre hechos históricos, y tienen por objetivo aleccionar a las respectivas audiencias domésticas, construyendo así la identidad de las políticas exteriores de los Estados. Se conforma y modula así el conocimiento histórico para usos políticos, formalizando lo que es «históricamente» verdad y lo que es mentira.

Las diferentes percepciones del pasado, generadas por las narrativas opuestas envenenan el debate actual sobre cuál debería ser el papel de Rusia en Europa, lo que dificulta el regreso a la diplomacia, el diálogo y la cooperación.

Para los ojos de un observador poco avezado, podría parecer que la crisis de Ucrania es la causa fundamental del distanciamiento de Rusia, pero ya en 1994 el presidente ruso Boris Yeltsin advirtió contra lo que denominó una «paz fría»¹ (por contraposición a la superada «guerra fría»). Esta afirmación criticaba la política continuista que Estados Unidos (EE. UU.) y sus aliados aplicaron tras el final de la GF, donde continuaron confiando en las políticas e instituciones que ya existían durante el enfrentamiento (la OTAN y la Comunidad Europea-CE) en vez de favorecer estructuras nuevas inclusivas y paneuropeas, como en su momento se propuso hacer con la CSCE. Teniendo en cuenta que tanto Putin como Lavrov han evocado frecuentemente la «promesa rota» por Occidente en 1990 de no extender la OTAN hacia el Este «ni una sola pulgada» (en palabras del secretario de Estado norteamericano James Baker, en una reunión con

¹ «Yeltsin says NATO is trying to Split continent Again», New York Times, 6 diciembre de 1994.

Mikhail Gorbachev, el 9 de febrero de 1990²), estamos ahora en posición de entender mejor el sentimiento de haber sido engañados, que reina entre gran parte de los dirigentes y la población rusa, su renuencia a confiar en las promesas de Occidente y un cierto espíritu de revanchismo.

La casa común europea

Mikhail Gorbachev, líder entonces de la Unión Soviética, en su discurso pronunciado el 6 de julio de 1989 en Estrasburgo ante el Consejo Europeo (Estrasburgo además poseía una enorme simbología por ser también la sede del Parlamento de la Comunidad Europea) sorprendió a todos al proponer de manera oficial su llamada a constituir la que denominó la «casa común europea»³, refiriéndose a la construcción de una nueva arquitectura de seguridad para el continente, inclusiva y cohesionada, que fuera capaz de superar las estructuras y bloques de la GF⁴.

El concepto enlazaba con la antigua y tradicional aspiración rusa de formar parte integrante de Europa. Para el líder ruso la seguridad y la integración europea no eran meros instrumentos, sino objetivos finales de la política exterior soviética, lo que suponía un rompe y rasga con las tesis soviéticas de la GF. La denominada casa común europea debería estar basada en valores humanos universales, seguridad colectiva e integración económica. Incluía una visión del continente sin fronteras, donde las personas y las ideas se pudieran desplazar con libertad. Para ello, Gorbachev deseaba convertir la CSCE en la principal estructura de seguridad europea, en claro contraste con sus predecesores soviéticos, que se mostraron siempre muy críticos con el énfasis de dicha organización en los derechos humanos. Al mismo tiempo, tanto la OTAN con el Pacto de Varsovia (PdV) irían gradualmente disolviéndose⁵.

Tras la inesperada caída del muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, el líder soviético renovó urgentemente sus llamadas a una cumbre europea que tratara sobre la nueva situación política en Europa, para dibujar su nuevo mapa político.

² «Masterpieces of History: The Peaceful End of the Cold War in Europe, 1989», Thomas S. Blanton, pp. 675-685.

³ Anteriormente De Gaulle utilizó esa misma expresión en 1966.

⁴ Gorbachev llevaba mencionando la idea de la «Casa Común Europea» ya desde 1987, pero nunca la había propuesto oficialmente hasta ese momento.

⁵ «The fall of the Berlin Wall, Eastern Europe and Gorbachev's vision of Europe after the Cold War», Svetlana Savranskaya, pp. 335-353.

Pero desgraciadamente, la reacción del entonces recién elegido presidente norteamericano George W. Bush a las propuestas de Gorbachev fue bastante fría. Los rápidos desarrollos que se estaban dando en el centro y este de Europa con las revoluciones en Polonia, Hungría, Rumanía, etc., añadidas a la posibilidad de la reunificación alemana, dibujaban un panorama de gran incertidumbre, ya que Moscú estaba dejando a sus hasta entonces aliados centroeuropeos elegir su propio futuro, lo que cuestionaba incluso la necesidad de la presencia norteamericana en el continente. En general, la Administración Bush enfocó la política de distensión de Gorbachev con gran escepticismo ante el citado panorama de incertidumbre.

Desde ese mismo instante, el proceso de distensión comenzó a convertirse, muy tímidamente al principio, en una oportunidad perdida.

Entre 1985 y 1989 Gorbachev se había ido ganando la confianza de Ronald Reagan, ya que el primero había comenzado a lanzar ofertas de negociación unilaterales tan ambiciosas e inesperadas, que sorprendieron a propios y extraños. Así por ejemplo, el 7 de diciembre en su discurso ante la ONU, lanzó una oferta sobre desarme convencional y nuclear que fue calificada como «el discurso más sorprendente de rendición en la historia del enfrentamiento ideológico», llegando incluso a compararlo con los 14 puntos que Woodrow Wilson propuso en 1918⁶.

Desgraciadamente, esta evolución positiva de deshielo progresivo en las relaciones entre EE. UU.-Rusia, fue parada en seco tras la llegada al poder del presidente Bush en enero de 1989, con la excusa de tomarse una «pausa estratégica», siguiendo el criterio de su asesor de seguridad, Brent Scowcroft, y del secretario de Estado James Baker. Entre ambos, consiguieron que triunfara su visión escéptica y desconfiada sobre la perestroika y la glasnost. El primero afirmaba que la Guerra Fría no había terminado y el segundo desconfiaba tanto de las intenciones de Gorbachev que en una ocasión comentó al presidente norteamericano que «estaba intentando matarles con su gentileza»⁷.

Así pues, el presidente Bush prefirió priorizar las relaciones bilaterales y preservar las estructuras ya existentes, especialmente la OTAN, en detrimento de la CSCE, lo que empezó a provocar la decepción en el lado soviético, ante la falta de respuestas positivas a sus ofertas desde el lado norteamericano. La mayor parte del año 1989 fue

⁶ «Gambler, Showman; Statesman», New York Times, 8 diciembre 1988.

⁷ «A world transformed», George Bush y Brent Scowcroft, pp. 14.

así desperdiciada mientras la Administración Bush revisaba la política norteamericana hacia la Unión Soviética, dejando sin respuesta la mayoría de las propuestas soviéticas sobre desarme y distensión⁸.

El punto de vista de los europeos

Alemania resultó ser un actor fundamental en este periodo. A los pocos días de la caída del Muro de Berlín, el canciller alemán Helmut Kohl anunció su famoso plan de 10 puntos para la reunificación alemana (28 noviembre de 1989). Dicho plan no carecía de cierta ambigüedad, porque si bien su punto octavo enfatizaba el papel central que la CSCE debía jugar en la arquitectura de seguridad europea, su punto siete afirmaba que «la Comunidad Europea no debería finalizar en el Elba», y lo más importante, ninguno de los 10 puntos mencionaba la OTAN. Dejaba por lo tanto, la puerta abierta a diferentes interpretaciones, aunque lo que entonces se dio por sobreentendido fue que lo que se proponía, era que la CSCE remplazase de alguna manera progresivamente a la OTAN y al PdV, mientras que la CE (puramente económica y comercial⁹) se extendería hacia el Este, lo que podría incluir a la Unión Soviética, por qué no.

No podemos olvidar que la posibilidad de la reunificación alemana suponía para muchos países revivir el fantasma de las pasadas guerras mundiales, entre ellos Francia, Gran Bretaña y Polonia. Especialmente esta última, que veía tal posibilidad como una verdadera y temible amenaza, como más adelante veremos. En este sentido, la propuesta alemana de enfatizar la CSCE como la organización de seguridad paneuropea podría haber sido una táctica para evitar alarmar al bloque soviético sobre la posibilidad de una Alemania unificada e incluida en la OTAN, lo que no hubiera sido aceptado de ninguna manera por Moscú. En este sentido, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Hans Genscher, en sus conversaciones en 1990 con Eduard Shevardnadze, ministro de Exteriores soviético, propugnaba la disolución de la OTAN y del PdV, para dar paso a una inclusiva CSCE, que sería la alianza de seguridad dominante.

La posición alemana no hubiera sido tan asertiva de no haber sido porque previamente, en mayo de 1989, Washington accedió a otorgar un mayor papel a Alemania Occidental, ofreciendo al canciller Kohl un partenariado en el liderazgo.

⁸ «Ronald Reagan, George W Bush and the Revolutions of 1989», Thomas Blanton, pp. 279-304.

⁹ En aquel momento nadie imaginaba la posibilidad de un pilar de defensa en la CE.

Pero el deseo de una arquitectura de seguridad europea que superase la división de la Guerra Fría, no era únicamente alemana, ya que era una visión compartida tanto en el este como en el oeste europeos. Así, el 31 de diciembre de 1989, a caballo del nuevo espíritu creado por Gorbachev, el presidente francés François Mitterrand lanzó su propuesta de una «Confederación para Europa», que intentaba incluir a todos los países europeos, del este y del oeste, incluida la Unión Soviética, pero excluyendo a Estados Unidos. Para ello, enfatizaba la necesidad de reconciliación europea resaltando los valores comunes e impulsando la democracia en el centro y este europeos. La oferta podría entenderse como una oportuna contrarréplica francesa, ya que pocas semanas antes había caído el muro de Berlín y Francia veía con horror una reunificada, y por lo tanto en el futuro poderosa, Alemania dentro de la OTAN y la CE. De este modo, París trató de impulsar su propio marco paneuropeo como salida negociada de la Guerra Fría, tratando así de excluir a EE. UU. y Canadá de la futura arquitectura de integración europea, más prioritaria para Francia que la CSCE y la OTAN, que los incluía¹⁰.

Por su parte, los países del centro y del bloque del este europeos también apuntaron inicialmente hacia la CSCE, como futura estructura preferida para ocupar lo que se percibía como un vacío de seguridad en sus áreas geográficas. Así, en febrero de 1990 el presidente checoslovaco Vaclav Havel hizo una llamada para que todas las tropas extranjeras abandonaran el centro y este de Europa (en clara referencia a soviéticos, norteamericanos, británicos y franceses) que permitiera favorecer la sustitución de la OTAN y del PdV por una organización paneuropea siguiendo las líneas de la CSCE. Incluso entonces, Polonia también advocaba por una nueva estructura de seguridad europea que remplazara las alianzas de la GF. Así, en febrero de 1990, el primer ministro polaco Mazowiecki, estaba tan alarmado ante la prospectiva de la reunificación alemana, que públicamente solicitó que las tropas soviéticas permanecieran en territorio polaco y alemán, hasta que el estatus de la frontera entre Alemania y Polonia no fuera clarificado¹¹.

Todavía en febrero de 1990, Hungría no deseaba un PdV disuelto, sino reformado que mantuviera una relación estrecha con la OTAN, de forma que países como Hungría pudieran pertenecer a las organizaciones políticas de ambas alianzas. De hecho, las

¹⁰ «The failure of a Grand Design: Mitterrand's European Confederation», Frédéric Bozo.

¹¹ «Soviet troops in Poland», Radio Free Europe Report on Eastern Europe, 2 marzo 1990, pp. 15-17.

primeras menciones sobre la posibilidad de que las naciones que habían pertenecido al bloque soviético pudieran integrarse en la OTAN, no empezaron a escucharse hasta septiembre de 1990, una vez que el tratado de la reunificación alemana fue firmado, asegurando así la inviolabilidad de las fronteras existentes en ese momento.

Los países tradicionalmente neutrales (Suecia, Finlandia, Austria, Yugoslavia y Suiza) encontraron que tras la caída del muro de Berlín y ante la nueva situación geopolítica europea, su tradicional concepto de neutralidad quedaba en entredicho, por lo que tendieron a favorecer, como siempre habían hecho, el fortalecimiento de la CSCE. Muchos de ellos (excepto Suiza y Yugoslavia) encontraron la salida mediante su integración en la CE y manteniéndose militarmente no alineados, por lo que la CSCE/OSCE ha permanecido siempre en un lugar preeminente en sus agendas políticas, al no ser miembros de la OTAN.

Podemos ver tras este breve recorrido que la sensación general que reinaba a principios de 1990 era la de un futuro europeo inclusivo y cooperativo, que requería negociar sobre cuestiones tales como la reunificación alemana, la disolución progresiva de las alianzas que protagonizaron la GF y la definición de una estructura de seguridad cooperativa.

En cualquier caso, en 1990 no había un amplio apoyo en los países centroeuropeos (ex bloque soviético) para unirse a la OTAN, excepto en Polonia. Así, la mayoría de dicha población prefería en aquel momento permanecer neutrales¹².

Los espíritus y las expectativas estaban por la labor, pero no contaban con los intereses geoestratégicos de los norteamericanos, ni con las tendencias profundas de algunos europeos que impulsadas por los nacionalismos, acabaron aflorando con efectos devastadores.

La gran oportunidad fallida

Si bien el final pacífico de la GF en Europa fue un hito histórico incontestable, no lo es menos que la mayor parte del crédito de dicho final pacífico debería ser otorgado a Mikhail Gorbachev y su persistente negativa a usar la fuerza para impedir el desarrollo de los acontecimientos en el centro de Europa, negándose a actuar contra disidentes y manifestantes, que abarrotaron las calles durante las revoluciones de 1989, denominado por algunos estudiosos como el *annus mirabilis*. Esta actitud, le otorgó a

¹² «The Cold War and European Security Identity», Vojtech Mastny, p. 337.

Gorbachev una gran credibilidad entre los políticos y medios occidentales, convencidos así de sus buenas intenciones.

Sin embargo, otro hecho histórico destacado, la reunificación alemana en 1990, tuvo un impacto muy importante a la hora de desarticular las posibilidades que las iniciativas de Gorbachev a favor de una arquitectura europea de seguridad inclusiva y cooperativa llegaran a buen puerto. Para ello fue necesaria la sincronización de las acciones diplomáticas de Washington y Bonn (entonces capital alemana occidental), que al final convencieron a todos, aliados occidentales y Unión Soviética, de que la mejor de todas las opciones posibles era una Alemania reunificada e incluida en la OTAN, que desde el principio fue el objetivo estratégico norteamericano.

En respuesta a la caída del muro de Berlín, la diplomacia americana aceleró su actividad dramáticamente. El objetivo principal de Washington era mantener la presencia militar norteamericana en el continente, que al fin y al cabo era el ancla del control estadounidense sobre Europa. Para ello, necesitaban mantener la sensación de que la GF seguía latiendo, por lo que durante todo 1989 y 1990 la Administración Bush se preocupó muy mucho de evitar mencionar en ningún momento que la GF había terminado, para evitar que se cuestionase la permanencia de tropas norteamericanas en Europa. Para ello necesitaba un aliado poderoso en el continente, favorable a la presencia norteamericana y la ocasión surgió con la caída del muro de Berlín, ya que Alemania deseaba la reunificación y para ello precisaba la aquiescencia norteamericana, dada la reticencia de británicos y franceses (por no mencionar a los polacos, como ya hemos visto).

Así, Bush convocó una reunión bilateral con el canciller Kohl en Camp David, el 24 de febrero de 1990. Durante la misma, quedó claro el apoyo de Washington a la reunificación alemana, la prioridad de la OTAN sobre la CSCE (que en ningún caso reemplazaría a la primera) y la pertenencia de la futura Alemania reunificada a la OTAN en sus estructuras política y militar. Así pues, el fortalecimiento de la CSCE a costa de una hipotética disolución de la OTAN, estaba totalmente descartada por la Administración norteamericana desde el principio, aplicando de manera contundente su estrategia de «OTAN primero».

Sin embargo, en las declaraciones públicas y en las reuniones con sus homólogos soviéticos durante 1990, los líderes norteamericanos una y otra vez prometían que la seguridad europea sería más cooperativa e inclusiva, con una OTAN menos

importante, asegurando a Gorbachev que Occidente limitaría la influencia de la OTAN, reforzando sin embargo la CSCE, la gran arquitectura de seguridad paneuropea. Esta retórica fue sin duda utilizada para ablandar la posición soviética en contra de la reunificación alemana, asegurando al mismo tiempo que para mantener a Alemania con un perfil bajo, la mejor opción era tenerla bajo el estricto control de Washington dentro de la OTAN, organización que se convertiría en política e iría perdiendo preeminencia a favor de la CSCE. Esta retórica, pareció confirmarse cuando en la cumbre de la OTAN de Londres, en julio de 1990, la OTAN acordó convertirse en una organización fundamentalmente política.

De esta manera, vemos que hay una base muy sólida para apoyar lo que cada vez más historiadores denominan «el espíritu de cooperación roto», ya que durante 1990 Occidente prometió a la Unión Soviética un orden europeo de seguridad inclusivo y cooperativo y sin embargo, desde el principio lo que se deseó y maniobró para obtener fue una seguridad europea exclusiva basada en la OTAN, sin la Unión Soviética (luego Federación Rusa).

Pero no toda la responsabilidad por la oportunidad perdida debe recaer sobre los hombros de EE. UU., ya que la CE también jugó un importante papel en el fiasco histórico, si bien fue de manera no intencionada.

Desde principios de 1989 y aprovechando el espíritu reinante en Europa, los miembros de la CE comenzaron a proponer los países del centro y este del continente unirse al «destino común» de una «Unión Europea», preferiblemente a través de la CE, que a través de la CSCE. Las adhesiones de Grecia (1979) y Portugal y España (1982), abrieron la puerta para una progresiva integración europea, incluso antes de la caída del muro de Berlín. Curiosamente, en ningún momento se mencionó la posibilidad de integrar la Unión Soviética durante las discusiones internas de la CE.

En cualquier caso, algo debió de empezar a sospechar la diplomacia rusa, ya que en mayo de 1989 Shevarnadze advirtió (anticipándose proféticamente a Yeltsin) que «Occidente pagará un precio por la pertenencia de Alemania a la OTAN. Si Alemania se integra en la OTAN, dinamitará la perestroika. Nuestro pueblo no nos perdonará y dirá que hemos sido los perdedores, no los ganadores»¹³.

A pesar de todo, Gorbachev siguió siendo optimista sobre el futuro del partenariado Occidente-Unión Soviética, como lo demuestra el hecho de que en mayo de 1990

¹³ «Last Superpower summits», Svetlana Savranskaya y Thomas Blanton, p. 639.

sugirió al presidente del Parlamento checoslovaco, Alexander Dubeck, durante una conversación informal, que «si una Alemania reunificada se une a la OTAN, quizás nosotros también deberíamos unirnos a esa alianza». Pero lo que esta conversación demuestra es que para mayo de 1990, Gorbachev ya era consciente de que la OTAN iba a ser el centro de la seguridad europea, en detrimento de su opción preferida, la CSCE. De hecho, la confirmación le había llegado de la boca del propio James Baker, quien el 18 de ese mismo mes de mayo, cuando le presentó sus «nueve seguridades», confirmó que la Administración norteamericana consideraba que el papel fundamental a jugar por la CSCE en las estructuras de seguridad europeas «era un maravilloso sueño, pero solo un sueño».

De todas formas, hay una cuestión que todavía supone enconados debates entre los analistas de aquel momento histórico y es si a lo largo de 1990 Washington y Bonn prometieron a Moscú que la OTAN no se extendería hacia el Este. De hecho, para conseguir luz verde soviética a la reunificación alemana, Genscher (ministro de Asuntos Exteriores alemán) elaboró un plan que incluía la exclusión del territorio de la antigua República Democrática Alemana de la estructura militar de la OTAN y la no expansión de la OTAN hacia el Este. Dicho plan fue presentado durante un discurso que dio el 31 de enero en Tutzing (por lo que acabó siendo conocido como la «fórmula Tutzing»). Además, en conversaciones con sus homólogos británicos e italianos, mencionó explícitamente que Polonia y Hungría nunca se unirían a la OTAN.

Genscher siguió promoviendo su idea de la disolución de la OTAN y el PdV, y el establecimiento de una estructura de seguridad colectiva. Pero tras un discurso público realizado el 23 de marzo de 1990 en Luxemburgo, recibió una severa reprimenda por escrito del canciller Kohl. Efectivamente, tras recibir una carta de Bush en la que el presidente norteamericano dejaba claro que la Alemania unificada estaría en la OTAN y que la presencia de fuerzas norteamericanas en territorio alemán (incluidas las nucleares) no era negociable, la situación quedó despejada de dudas para Kohl. Pero aun así, no se hicieron declaraciones públicas ni oficiales al respecto, lo que mantuvo a los líderes soviéticos en la niebla de creer sus propias suposiciones. Parece ser pues que la defensa de la «fórmula Tutzing» por parte de Genscher sirvió tácticamente a Kohl, para que Gorbachev consintiera, primero en la reunificación de Alemania y además, en que esta pudiera ser miembro de la OTAN.

En julio de 1990 los líderes de la OTAN, durante la cumbre celebrada en Londres, declararon oficialmente terminada la GF, prometieron transformar la OTAN en una organización política y convertir la CSCE en una organización más prominente en el futuro de Europa, nombrando a la Unión Soviética y al PdV como futuros socios. Por un breve momento, pareció que el nuevo orden mundial iba a funcionar.

Pero en agosto de 1990 Sadam Hussein invadió Kuwait y Gorbachev apoyó a Occidente contra el antiguo aliado soviético. Cuando EE. UU. precisó una herramienta para coordinar la preparación y el planeamiento para la guerra, la única estructura disponible era la OTAN, por lo que se hizo uso intensivo de ella. Esto supuso el final de la transformación de la Alianza en una organización política y el final del cuento de hadas para la Unión Soviética.

De este modo, podemos ver que la sucesión de acontecimientos durante 1989-90 (ver anexo al final) son fundamentales para entender el deslizamiento progresivo desde la posibilidad de una seguridad europea inclusiva y cooperativa, hacia un orden europeo que centrado en la OTAN dejó fuera de ella a la Unión Soviética. Esta, forzada por una creciente implosión económica, fue obligada a admitir la integración de una reunificada Alemania como miembro pleno de una OTAN que, controlada por EE. UU. será el centro del nuevo orden de seguridad europeo.

Pero lo peor estaba por venir. Desde el primer momento, la Administración Bush ya desde la reunión con Kohl en Camp David, comenzó a tratar a la Unión Soviética no como un futuro socio, sino como un enemigo derrotado (algo en lo que muchos europeos no estaban de acuerdo). Esta retórica se fue instalando progresivamente entre los líderes y los medios de comunicación occidentales, con los efectos perversos que hoy estamos sufriendo. Para los ojos de los rusos de hoy en día, Gorbachev no solo perdió la GF, además perdió la paz subsiguiente.

La llegada posterior de Boris Yeltsin (quien siguió cooperando lealmente con Occidente con un deseo real de integrar Rusia en Europa), que siguiendo el consejo/imposición occidental se vio obligado a imponer una política económica ferozmente liberal, transformó la crisis económica soviética en una hecatombe para la Federación Rusa de terribles consecuencias sociales y de la que la población rusa culpó, con cierta razón, a Occidente por su indiferencia ante las solicitudes de ayuda de Moscú.

Para empeorar las cosas, la CSCE aprobó en 1991 que la soberanía de los Estados era menos importante que las violaciones de los derechos humanos. Se establecía así

la base jurídica para las intervenciones internacionales, que de la mano de los países occidentales han demostrado no ser una buena solución, ya que han creado en múltiples ocasiones problemas más graves que los que iban a resolver.

La postración rusa facilitó la expansión de la CE y de la OTAN hacia el Este, llegando incluso a los Estados bálticos y coquetear con Ucrania y Georgia. No deja de resultar sorprendente que el mismo presidente Clinton advirtiera en enero de 1994 que «dibujar una línea entre el Este y el Oeste podría crear una autoproclamada profecía de confrontación futura» y sin embargo siguiera impulsando la expansión de la OTAN con la adhesión de Hungría, Polonia, Chequia y Eslovaquia, mientras Yeltsin preguntaba «¿Si no hay bloques o enemigos en Europa, por qué Occidente sigue necesitando la OTAN?»

Todo este proceso fue visto por las élites y el pueblo ruso con una profunda sensación de humillación, fruto de la derrota de la GF. La profunda crisis económica, la corrupción galopante y la retracción geoestratégica propiciaron la llegada de Putin, quien comenzó un periodo de recuperación en todos los frentes, impulsando un nuevo nacionalismo no exento de revanchismo que llevó a la colisión con Occidente.

A la vista de los hechos, podríamos preguntarnos si el periodo fallido 1989-1990 hubiera podido llevar a Europa a un panorama de seguridad diferente del actual, en el que Rusia desempeñase un papel cooperativo en vez de antagonista. La respuesta probablemente sería afirmativa.

Conclusiones

Las deficiencias del enfoque realizado por Washington y los miembros de la OTAN y de la CE no han resultado obvias hasta la segunda década del siglo XXI. Ha sido ahora cuando se han comprobado los efectos negativos a largo plazo que se han producido debido a la elección que en su momento se hizo por una arquitectura de seguridad europea exclusiva centrada en la OTAN y que dejó a Rusia fuera de la misma, en vez de una inclusiva centrada en la entonces CSCE. Así, el espíritu de cooperación entre Occidente y la Unión Soviética/Rusia que impulsó Gorbachev fue reemplazado por una relación progresivamente antagónica¹⁴.

¹⁴ José Pardo de Santayana y Gómez de Olea, analista del IEEE en asuntos relacionados con Rusia y el espacio postsoviético; varios artículos.

Al tratar de explicar cómo hemos llegado hasta las hostilidades de la actualidad, desde la situación de esperanzado futuro que se vivió hasta mediados de 1990, algunos analistas invocan la imagen de un «segundo Versalles», criticando la progresiva situación de humillación política, económica y estratégica que sufrió Rusia tras el final de la GF¹⁵, término este inadecuado y que ha vuelto a resurgir para encuadrar las relaciones Rusia-Occidente.

Queda claro que la política aplicada por la Administración Bush diluyó el entramado de confianza construido por Gorbachev y Reagan, y que aplicando además su premisa estratégica de «la OTAN primero» impidió la creación de una estructura europea de seguridad inclusiva con Rusia como socio, que quedó excluida así de dicha arquitectura hasta la fecha, forzándola a permanecer en la periferia de Europa.

Además, la narrativa triunfalista utilizada por los políticos y analistas occidentales, transformaron la pos-GF en un juego de suma cero, con Occidente triunfador y Rusia perdedora, humillada e impotente. Estas narrativas históricas continúan hoy en día envenenando la atmósfera política y afectando negativamente las relaciones mutuas.

Europa necesita a Rusia y Rusia necesita a Europa. Tal vez ha llegado el momento de que esta vez sea Occidente quien sorprenda a Moscú con una oferta unilateral que encamine la situación hacia una solución en la que todos seamos ganadores, en un futuro inclusivo y cooperativo, en el que los intereses de todos sean tenidos en cuenta, tal y como intentó en su momento Gorbachev.

*José Luis Pontijas Calderón**
Coronel de Artillería (DEM)
Doctor en Economía Aplicada (UAH)

¹⁵ Ampliación progresiva de la OTAN y la Unión Europea hacia el Este, bombardeo de Serbia en 1990, reconocimiento de Kosovo, apoyo a las revoluciones de colores en el espacio postsoviético.

Anexo

FECHA	ACONTECIMIENTO
7 DIC 1988	Discurso de Gorbachev ante la ONU proponiendo una reducción dramática en armamento convencional y nuclear.
ENE 1989	George Bush accede a la presidencia de EE. UU.: parón en las relaciones soviético-norteamericanas.
MAY 1989	Bush ofrece a Kohl partenariat en el liderazgo.
9 NOV 1989	Caída del muro de Berlín.
28 NOV 1989	El canciller Kohl anuncia su plan de 10 puntos para la unificación alemana; el octavo afirma que la CSCE permanecería como «parte del corazón» de la arquitectura paneuropea.
31 ENE 1990	Genscher presenta su «fórmula Tutzing»: exclusión del territorio de la antigua RDA de la estructura militar de la OTAN, no expansión de la OTAN hacia el Este y la disolución de la OTAN y el PdV a favor de una estructura de seguridad paneuropea inclusiva y cooperativa.
24 FEB 1990	Reunión de Bush y Kohl en Camp David: unificación de Alemania dentro de la OTAN, fuerzas estadounidenses en Alemania, Unión Soviética como enemigo y no como socio.
18 MAY 1990	James Baker ofrece a Gorbachev «las 9 seguridades» y confirma a Gorbachev que la CSCE como organización preeminente en la seguridad europea es no más que un «maravilloso sueño».
MAY-JUN 1990	Gorbachev todavía confía en que la Unión Soviética puede unirse a la OTAN.
JUL 1990	Cumbre OTAN en Londres: potenciación de la CSCE como el foro de seguridad europeo más prominente, transformación de la OTAN en una alianza política.
AGO 1990	Sadam Hussein invade Kuwait: la OTAN se convierte en la única plataforma de cooperación militar occidental, restableciendo su preeminencia.
21 NOV 1990	Firma de la Carta de París por 35 miembros de la CSCE.
SEP 1991	Los 35 miembros de la CSCE aprueban el «derecho de injerencia» ante la violación de derechos humanos dentro de un Estado.
DEC 1994	Boris Yeltsin advierte sobre el peligro de una «paz fría» en Europa.